

CUESTIÓN DE DISTANCIAS

“- ¿Y cómo se llama –dije yo- la calle mayor del mundo, donde hemos de ir?

- Llámase –respondió- Hipocresía, calle que empieza con el mundo y se acabará con él; y no hay nadie casi que no tenga, si no una casa, un cuarto o un aposento en ella. Unos son vecinos y otros paseantes ...”

(Francisco de Quevedo, *El mundo por de dentro, Los sueños*)

“Quevedo en Los sueños, hace que el Desengaño lleve al Joven a ver el mundo en su calle mayor, la Hipocresía”

(Juan Ramírez Codina, *El tiempo según san Marcel*)

“La distancia (...): lo que comprende lo que cabe, preciso y exacto: el vacío producido por el émbolo que se desliza a través del tubo de mi existencia, que traccionado por lo imparables separa el punto de origen del punto de llegada...”

(José Carlos Balanza, *La distancia*)

Al profesor Ramírez lo acababan de jubilar después de más de treinta años como profesor de Matemáticas de su instituto. Le quedaban aún algunos años para la edad legal pero la junta de docentes y los psicólogos del centro habían recomendado su jubilación anticipada. Al parecer sus enseñanzas se iban apartando del temario oficial. Sospechaba Ramírez que su lengua materna tampoco le ayudaba, al verse obligado a dar sus clases en la otra lengua vernácula, la políticamente correcta. Otra cosa sería si se hubiera llamado el profesor Codina, el profesor Blanch, el profesor Comas o el profesor Bal-Llosera.

Desconfiaba de las palabras, Ramírez era del equipo de los números, prácticamente universales y bastante fiables en comparación con el batiburrillo idiomático y de pensamiento.

A vuelta de verano en vez de comenzar el nuevo curso escolar, había dado inicio a la tercera parte de su vida. Esperaba que fuera tan larga como los dos tercios ya transcurridos. Así que debía organizarse para otros treintaitantos años por delante. Si algo tenía, era método. Desarrollaría las leyes, principios y modelos matemáticos que interpretaran su mundo y guiaran sus pasos. Las ventajas eran muchas: no tendría que intentar convencer a un puñado de mostrencos (tanto los estudiantes como los compañeros de claustro) sino a sí mismo, y su discurso interior sería suficiente sin necesidad de pervertirlo al exponerlo.

No le gustaba ser un jubilado, quizás sí un profesor emérito, pero empezaba a apreciar las ventajas de estar jubilado. Los cinco días laborables se habían convertido en fines de semana, en puentes o acueductos. Y aprovechaba para dar largos paseos, de exacta duración a la de sus antiguas clases o jornadas lectivas. Había cambiado sus hábitos sedentarios por otros peripatéticos, pues el andar iba acompañado de su inevitable reflexión didáctica; y yendo solo, eran dos, maestro y discípulo, los que argumentaban,

se escuchaban y disputaban en pos de la verdad científica. Y todo ello sin que los caminantes ocasionales con los que se cruzaba, percibieran en su rostro mueca ni tensión alguna.

Ramírez había adelgazado considerablemente gracias a este cambio de costumbres, lo cual le permitía mantener su afición a la comida. No estaba mal estar jubilado.

Nunca había sido un profesor chiflado, absorto en su mundo ideal, sino muy pendiente del mundo que lo rodeaba y de las nuevas tecnologías. A través de sus cascos y en tiempo real la aldea global estaba en su cerebro, siendo el locutor en cuestión el tercero en su conversación permanente consigo mismo. La radio no suponía ninguna interferencia en sus clases magistrales sino que alimentaba continuamente de temas la llama eterna de su discurrir.

El otoño estaba siendo particularmente caliente en el mundo informativo. Las crisis de los refugiados, las elecciones autonómicas y el terrorismo internacional eran los asuntos inabarcables e inagotables que se iban sucediendo en función del último acontecimiento. Y cualquiera de ellos ocupaba toda la actualidad aunque los otros tampoco se hubieran resuelto. Él los veía como el matemático que intentara desentrañar tres problemas sucesivamente y los fuera abandonando sin alcanzar la solución de ninguno, según su humor, para retomarlos más tarde con mayor esfuerzo pues le exigían recapitular la situación en que los había dejado.

O como el escritor que escribiera tres libros al mismo tiempo; o el lector de tres libros simultáneos; o el espectador que fuera alternando 3 dvd's de otras tantas películas, etcétera.

Él hubiera preferido agotar el tema en cuestión y dejarlo resuelto para siempre con una verdad matemática, incontestable, pero la actualidad y los medios de comunicación se movían por otros parámetros. También la emotividad de la gente. Porque Ramírez entendía muy bien las leyes de la oferta y la demanda, o la del huevo y la gallina, y no era ajeno a que las cadenas privadas de televisión, en su lucha por su cuota de mercado, daban los productos que los consumidores demandaban, pero también que al ofrecerlos contribuían a la educación de esos consumidores para que necesitaran consumir esos productos. Programas de matemáticas había muy pocos.

“Nos quieren consumidores, no razonadores”, era una de sus conclusiones más antiguas. Ni ciudadanos ni seres pensantes, simples máquinas de producir durante unas horas y de gastar durante el resto, descontado el tiempo de mantenimiento. Otros tres tercios: formación, trabajo, jubilación; producción, gasto, reposo.

Sus paseos variaban aunque en realidad seguían estrictas leyes espaciales y temporales: campestres o urbanos, diurnos o nocturnos. Su libertad de decisión no estaba condicionada por su rutina sino por el propio mundo circundante. No había más sino la larga calle Hipocresía. Su vida como la de todos era recorrerla de arriba abajo y vuelta a empezar ené veces y las que el destino fuera a depararle. Hacía muchos años que condicionado por el fenómeno OVNI se había preparado para un posible “encuentro en la tercera fase”. Si los extraterrestres venían con prisa y le pedían un informe apresurado

sobre nuestra civilización, Ramírez pensaba contestar con una sola palabra, “hipocresía”, que nos definía.

El tema dominante del momento encaminaba sus pasos inconscientemente dentro de las escasas opciones con las que nos entusiasma y engaña nuestro llamado libre albedrío. La crisis de los refugiados lo llevaba por los senderos de la sierra cercana que, lindante con su casa, separaba su pueblo de la gran urbe. Ponía su mente en tono melancólico y se sentía hermanado con la diáspora actual. Todos somos emigrantes, se decía; no otro ha sido el oficio de la humanidad: erguirse sobre sus dos patas traseras, hacernos bípedos y ponernos a caminar. Andar por caminos de tierra.

El proceso independentista que vivía su territorio, las elecciones y los procesos frustrados de investidura del nuevo presidente, con largas sesiones parlamentarias, le hacían pasear de día por las calles, diluyéndose entre muchedumbres, buscando las mayorías, para contribuir así a crearlas también en el parlamento, ya que era tarea ardua. Miraba a los ojos de los transeúntes y casi todos le rehuían la mirada. Buscaba identificar los rostros que se desvanecían con las voces que perduraban en la radio. Unos y otras parecían tener prisa pero no llegaban a ninguna parte.

En cuanto a las tragedias terroristas del yihadismo internacional, requerían para sus paseos un espacio también urbano pero de calles desiertas y nocturno por tanto, donde se palpara la soledad y el miedo, la débil línea que separa la existencia de la nada, el capricho del asesino que matará siempre que quiera, sin que nadie pueda impedirselo, un dios, el segador.

La mayoría de los seres humanos consumen su existencia sin entender nada, pero no parece preocuparles. El problema de Ramírez era el contrario. Escuchaba a todos, apreciaba sus argumentos, razonaba con ellos, matizaba o mejoraba sus discursos, avanzaba o proponía nuevas líneas de actuación coherentes con su lógica interna. Y así lo hacía con quien defendía blanco y con el partidario del negro. Y comprendiendo tantos mecanismos contrapuestos intentaba discurrir leyes y modelos que los explicaran.

Una patera naufragada en el Mediterráneo o el cadáver de un niño, fugitivo de una guerra, en una playa, o el colapso de una estación de ferrocarril centroeuropea, golpeaban de repente la conciencia colectiva, el alma mediática de todas las sociedades occidentales. Y todas las televisiones y radios dedicaban prácticamente su programación íntegra al drama en cuestión que no era sino el último fruto de una situación preexistente, conocida y olvidada muchas veces en los últimos años por esos mismos periodistas que realizaban programas especiales desde el lugar de la noticia, y por esas audiencias que no se despegaban en horas del show de moda.

Está claro que los inmigrantes (emigrantes que intentan ser inmigrantes, para ser exactos) son pobre gente desfavorecida en la lotería de la vida, que han nacido en el continente africano y no en Occidente, sin ningún demérito personal frente a los que se inquietan por verlos ocupar las plazas céntricas de sus viejas ciudades. Y que los refugiados (o mejor dicho los fugitivos que buscan refugio) huyen de guerras antiguas, que la comunidad internacional consiente y abastece de armas bajo el control de los

mismos que trabajan intensamente en sus despachos y restaurantes de lujo para determinar los cupos que puedan acogerlos.

Pero tampoco quiere Ramírez compartir su casa, sus ahorros y su pensión, bajo la idea de un comunismo extremo que abogara por una democracia universal con 7.000 millones de electores de un único gobierno, con unas leyes comunes que llevaran a salarios mínimos y máximos (tal y como existen el mínimo común múltiplo y el máximo común divisor) de tal manera que cada individuo recibiera la sietemilmillonésima parte de la renta universal y nada más que eso. Porque Ramírez aparte de la igualdad y la fraternidad valora el esfuerzo personal; y además por las leyes de la democracia gobernarían siempre los chinos. Otra de sus muletillas sociales es resaltar, en cuanto son cinco en la conversación, que “uno de los cinco es chino”. Como uno de cada equis de los varones reunidos, es homosexual. Las leyes de la estadística que tanto lo confortan.

Languidece Ramírez de pie encima de una piedra, oteando el horizonte, se sabe pecador y racista, ya que cualquier otra cosa que no sea esa igualdad de derechos humanos y ese reparto imposible y justo del caudal hereditario del planeta, no es sino una forma (por menor que se considere) de racismo. Y comprende entonces que el Estado afectado ponga leyes de extranjería y muros de la vergüenza, además de aranceles, fronteras y otras zarandajas desde el *Ius gentium*, para proteger a los locales, los descendientes de las hordas que llegaron hace cientos o miles de años, su civilización dicen, de las hordas que intentan llegar ahora.

Y piensa que el problema debiera ser atajado en el foco del conflicto con la pacificación de la zona en guerra o con el desarrollo de la región deprimida aunque también entiende a las progresías locales que van a manifestarse contra los policías del mundo que se creen los sheriffs del universo o contra los neocolonizadores del neoliberalismo que no han escarmentado de las tropelías cometidas por sus abuelos. Aunque en realidad esos inmigrantes desfavorecidos por el azar de nacer en África, han sido muy afortunados por nacer en este siglo cuando ya no hay barcos negreros, etcétera, etcétera. El pensamiento se ramifica para ocupar todo el paseo, los kilómetros que recorre y las horas que emplea.

¡Tantas generaciones que en esta tierra que pisa han sido sojuzgadas por el centralismo imperialista que ha pretendido borrar su identidad y su cultura!, innata en el corazón de sus hijos, pues ha sobrevivido contra el viento y marea de una historia (que también es cierto, empieza o termina cuando conviene a su narración, es decir una historia más cercana al relato de ficción que a la verdad matemática); generaciones que hoy representa la nueva clase política que ha enarbolado triunfante la bandera de la independencia, lejana o cercana, pero más cercana de lo que jamás ha estado. Escucha Ramírez sus discursos de legitimidad democrática, amparados por su victoria en las urnas, constitutiva de una mayoría que les permite formar gobierno y convertirse en rodillo parlamentario (como otros partidos respetables lo han conseguido a nivel estatal) que intente transformar la legalidad actual en la nueva legalidad, como también hicieron en la llamada Transición los que ahora se niegan a tamañas piruetas. Y ve en televisión gente emocionada viviendo con los ojos llorosos un puñado de días históricos que

dedican a sus padres y abuelos que lucharon con peor suerte por ese ideal que hoy rozan con los dedos. Y también en las calles cuando unen sus manos para hacer que bailan, o se suben unos encima de otros para llegar a los balcones de los ayuntamientos, casi nunca a ras de suelo, y hacen colas en las ferias populares para abastecerse de camisetas independentistas con la última ocurrencia.

Pero mejor entiende a la jefa de la oposición que reivindica la condición de aborígenes no solo para el cincuenta por ciento de los que han votado sí a la independencia sino para el otro cincuenta por ciento que tienen su amor repartido entre dos patrias. Ramírez dice desde hace tiempo que a él le bastaría el pasaporte europeo (el mundial ya hemos dicho que le queda grande), que no necesita otro estado ni comunidad autónoma. Dos organizaciones políticas le serían suficientes: la europea y otra local, asimétrica, que hiciera agrupaciones de cien mil o de quinientas mil o de un millón de personas, la unidad que se considerara. Pero acepta que este cambio no se va a producir porque sólo podría ser decidido por los propios políticos que, reduciendo así de las cuatro o cinco administraciones actuales a solo dos, estarían haciéndose el harakiri. Y tampoco a él le hubiera gustado una medida tendente a eliminar dos tercios de los profesores de Matemáticas que, para ser honestos, no está demostrado que sirvan para más que los políticos. Y en cuanto a quiénes sean más odiados, debe ir por tramos; es decir que los estudiantes de Matemáticas, los de educación obligatoria, siendo menores de edad odian más a los profesores, mientras que con el derecho a voto (y suponiendo que los estudiantes de Exactas no aborrezcan a sus cátedros) se pasa a odiar más a los políticos. Digamos que en las sociedades más envejecidas los políticos correrían más riesgo, siendo los profesores de Matemáticas los más afectados en las sociedades más jóvenes.

Y vuelve Ramírez sobre sus pasos en una zona comercial especialmente concurrida, para llamar la atención de su discípulo acerca de su mención a los 7.000 millones de electores, que ha aceptado sin objeción alguna, cuando sabido es que el derecho a voto parece ligado a la mayoría de edad. Está claro, sin embargo, que el llamado sufragio universal no lo es y en todo caso ha sido resultado de un largo proceso de conquistas o cesiones: los aristócratas, los hombres libres, los ciudadanos, las mujeres, los mayores de edad. Y que esta mayoría ha sido también objeto caprichoso de las leyes, tendiendo a la baja cuando la esperanza de vida tiende al alza. Es decir que si la mayoría de edad fue a los 23 o a los 21 cuando se vivía menos, es extraño que se reduzca a los 18 o a los 16 como edad penal o sin límite para los abortistas más fervientes, cuando se supone que vamos a derrotar al envejecimiento y hacernos centenarios. Hay una urgencia por vivir mayor parte de nuestras vidas en la mayoría de edad y menor bajo tutela, dando por hecho que las responsabilidades de la independencia y de la madurez son más satisfactorias que las alegrías de la niñez, siempre y cuando la sociedad esté en condiciones de garantizar esa infancia feliz que todo ciudadano merece además del sueldo mínimo ya mencionado.

Pero no quiere irse por las ramas, ya que su mención de los 7.000 millones no ha sido errónea sino intencionada puesto que la democracia extrema exigiría conceder el voto desde el mismo momento del alumbramiento, es decir a ese *nasciturus* al que los juristas conceden el derecho a la herencia, y los abortistas niegan el derecho a la vida (¿será que la herencia es un bien a defender de superior rango que la vida, o cuando

menos que hay algunas herencias más jugosas que muchas vidas!), puesto que distintos colectivos tienen distintos intereses y nadie mejor para defender los derechos de los lactantes que los propios lactantes, y de los que aprenden a andar o a hablar que ellos mismos, y así sucesivamente. Recuerda Ramírez haber celebrado su Primera Comunión con seis años; quizás alcanzó el uso de razón un año antes, siendo lo normal los siete años en su época para tal desembarco en la diosa Razón, que de manera laica se hacía coincidir con la predisposición eucarística. Si dicha analogía siguiera dándose hoy, al haberse retrasado la edad de las Primeras Comuniones (que en la mayoría de los casos se convierten en Últimas Comuniones) se estaría aceptando también un retraso en dicho umbral de la razón; contradictorio entonces con el adelanto de la mayoría de edad, salvo que dicha mayoría de edad sólo tenga un sentido administrativo y la expresión final de que la sociedad actual ha dejado atrás al Homo Sapiens.

En realidad no debiera sorprenderse Ramírez, le contesta su discípulo, si ya declaró antes que nos quieren consumidores y no pensadores, aunque no ha explicado a quién se refiere como sujeto de esa frase, quiénes son esos ellos que nos quieren de una forma y no de otra, y así procuran hacernos con la connivencia de esos medios ¿del diablo? ¿Está acaso hablando también él de la existencia del Mal?

No cae Ramírez en la trampa de pasar a comentar el tercero de los temas, el terrorismo (paseos le quedan para eso) y se aferra al asunto de la edad, que lo golpeó desde su cuna, porque si tragedia es nacer en la pobreza o bajo las bombas o mujer (hace años o en algunas sociedades machistas; o islamistas, apunta el discípulo, que insiste en pasar de tema), tanto peor es nacer segundo. Los segundones estuvieron predestinados al ejército o la Iglesia durante siglos y apartados prácticamente del abolengo y patrimonio familiar. Y hoy mismo por no poder ser, no pueden ser ni rey, y si se modifica la Constitución antes podrá serlo una mujer que un o una segundona. Y habiendo nacido Ramírez como segundo, con un hermano ya en el mundo, le indigna especialmente que el artículo constitucional que consagra la igualdad frente a las discriminaciones por razón de raza, sexo o edad, tenga tantos defensores acérrimos en cuanto a la raza o el sexo pero no en cuanto a la edad.

Naturalmente que toda monarquía procede de un usurpador y toda fortuna de un pirata, y que aplicando los derechos humanos, la democracia y el derecho fiscal no habría reyes ni ricos en el mundo; y que Ramírez nunca caerá en el error de defender por razones democráticas la abolición de la ley sálica, porque es absurdo aplicar criterios democráticos a una institución que no se sostiene ya que es ridículo admitir que alguien pueda nacer para reinar sobre sus semejantes, y no se refiere al Rey León y al Imperio Disney, que tampoco. Aunque Ramírez votaría en ese otro referéndum (que también se adivina en el horizonte) a favor de la monarquía pues por grande que sea la familia corrupta del monarca, mayor es el número de ladrones entre los que no son familia del rey, según han demostrado los salvadores de la patria de toda condición, hablemos de la patria más grande o del pedazo que quiere independizarse para que ladrones y robados sean todos de casa.

No debería haber patrias ni banderas ni naciones ni estados, especialmente si de nadie nos protegen y peor aún si nos matan. La lógica *dixit*. Curioso sin embargo que tal

axioma no se aplique y que jamás haya sido. Si no le interesa la suya, menos le apetece a estas alturas, estrenar otra patria, pero no entiende que pasen los días sin formarse gobierno, que los independentistas no asuman la aritmética electoral (bonitas palabras) y sigan el ejemplo de los viejos comunistas con sus “compañeros de viaje”, los burgueses útiles que les servirían en su conquista del poder para ser luego exterminados como gusanos capitalistas. ¡Ya barrerán a los corruptos recalcitrantes una vez arribados al desiderátum de la independencia, a la piedra filosofal que todo lo cura y en oro lo convierte! ¡Ya sacarán entonces la guillotina para depurar a los suyos!

En su nueva vida Ramírez come más que cena. La sabiduría popular lleva su estadística: de cenas copiosas están las sepulturas llenas. Y no se refiere a los ametrallados mientras cenan sino al efecto del abuso de la prosperidad, a la gula, vamos. No es un refrán solidario con el hambre en el mundo, ni parece políticamente correcto decir que los afroamericanos obesos no parecen más bellos ni saludables que sus antepasados “kuntakinte”. En cualquier caso, los paseos nocturnos son buenos sustitutivos de las cenas que se eternizan. Los atentados suicidas en París, la noche del viernes 13 al sábado 14 de noviembre de 2015, le pillaron paseando, lo cual era bastante posible y Ramírez lo achaca a la probabilidad más que al plan preconcebido de los terroristas de hacerlos coincidir con su paseo. Era improbable en cambio que lo pillaran en París, difícil en el estadio de fútbol e imposible en el concierto de la discoteca.

Nunca se mostró Ramírez equidistante entre víctimas y verdugos con el terrorismo etarra, tampoco lo hace ahora: vida a las víctimas, muerte a los verdugos. Tampoco es eso: vida a las víctimas es imposible, en todo caso indemnizaciones a sus herederos (que también son víctimas, de acuerdo) y muerte a los verdugos, no, clamaremos contra la pena de muerte. Siempre es un alivio que se suiciden. Tampoco porque al inmolarsen no se preocupan de escapar y son mucho más dañinos. Ok, llevas razón: recordar a las víctimas y olvidar a los verdugos, entonces. No estoy tan seguro de que la cosa quede así en los medios ni en la historia.

Pero la palabra le da la clave: equidistante, equidistancia, igualdad de distancia, distancia; tendrá que pensar más tarde en ello. Será una cuestión de distancia, y la distancia es una magnitud, y las magnitudes se miden y se pueden formular.

Lo aparca, está hablando del terrorismo: unos 120 muertos, ¡qué barbaridad! Menos que en el avión ruso de hace unos días, ¿cómo los caídos en Oriente Medio cualquier semana? Estos pillan más cerca (otra vez la distancia, pugna por aparecer), una conmoción como el atentado de las Torres Gemelas, como los trenes de Madrid. Las redes sociales arden en solidaridad, el mundo se teñirá los próximos días con los colores de Francia y Occidente intensificará los bombardeos selectivos sobre objetivos terroristas con los inevitables daños colaterales sobre la población civil. Unos pocos refugiados menos...

Por supuesto que hay más islamistas pacíficos que belicosos, y más islamistas asesinados que asesinos, y que entre sus víctimas hay más de los suyos que cristianos; que Occidente no puede estar en guerra contra una religión, que el Corán defiende la caridad y el amor, que peor fue la Edad Media del cristianismo, y que Occidente no se

va a mover de sus principios de democracia y libertad y asilo porque unos pocos asesinos nos pongan en jaque. No tan pocos (es verdad) y ya están dentro, ya han entrado; lee sus apellidos. Eso es racismo, son franceses, europeos como las víctimas. Y vete al Islam a levantar una iglesia, como aquí mezquitas, y nuestras ministras con velo de visita mientras aquí les dejamos el burka en las escuelas; y allí mejor que no seas adúltera u homosexual.

Tampoco todos los alemanes eran nazis pero los aliados estuvieron en guerra contra toda Alemania. Para montar una guerra civil sólo hacen falta unos cuantos miles en cada bando y millones se ven obligados a elegir, la neutralidad no cabe. ¡Cuántas guerras civiles serían inimaginables meses después de las lágrimas sinceras de emoción de los padres que proclamaban la independencia de su territorio, el Edén en su tierra!

¿Quieres decir que refugiados, independentistas y terroristas son todo uno o los mismos? En la historia podrás encontrar ejemplos que lo demuestren y otros que lo nieguen, pero sí, el terror ha antecedido muchas veces a la independencia y las independencias han originado millones de desplazados y refugiados.

Ramírez está cansado, regresa a casa, no enciende la televisión, desconecta sus aparatos y se pone a trabajar. Debe desarrollar su teorema, ¿por qué se emociona la gente con igual sinceridad defendiendo una idea y la contraria, por qué se mata en el nombre de dios, o por qué dos equipos de fútbol encomiendan al mismo dios su victoria frente al adversario? ¿Por qué una noticia se convierte en trending topic?

Examina las variables: el número de víctimas, ciertamente, pero unas matanzas más que otras; la actualidad, las de hoy más que las de ayer: las víctimas del pasado se convierten deprisa en estadísticas históricas sin ápice de emoción (algo sí, un poquito la llama del soldado desconocido, las lápidas de los memoriales; ¡bah!); la presencia: es obvio si participas activa o pasivamente te afecta más, si eres un padre de la patria o un padre del terrorista o un padre de la víctima, o si pasabas por allí; si vas al campo de fútbol lo vives más que si lo ves en televisión, pero también se asiste al partido por televisión, y al atentado. Aquí está el doble concepto de distancia: temporal, sólo el presente, lo inmediato, la noticia, la moda; y el espacial, lo que sucede en casa, en la calle, en la ciudad que conoces, o lo que la televisión te mete en casa.

Las horas de televisión totales (entendidas como horas en que encendiendo la TV puedes sintonizar dicha noticia en uno o más canales) dependen del código geográfico ligado a la distancia (digamos 5 España, 4 Europa y USA, 3 Latinoamérica, 2 Oriente Medio, y 1 el resto del mundo), del número de víctimas (en orden decreciente desde 5 si son más de 1.000 a 1 si son menos de 50) y de la causa del suceso (2 si es atentado y 1 si es accidente).

El impacto se mediría como un cociente entre dichas horas y los días transcurridos desde el suceso, llamando 1 al día de autos. La escala máxima sería 24 y pudiera darse si en el primer día, las televisiones emitieran la noticia durante las 24 horas, o si en el día 2 llevaran 48 horas continuadas de emisión, etc. Si, por ejemplo, al cabo de una semana las horas acumuladas, en que un espectador hubiera podido seguir la noticia, fueran digamos $(24+15+8+3+2+1+0,1)$ 53'1, el suceso al dividirlo entre 7 sería ya de

grado 7'6. Es decir que la emoción se degrada con el tiempo. Está claro que la batalla de las Navas de Tolosa de 1212 sería una carnicería horrible pero que hoy no genera el menor sentimiento.

Estás perdiendo facultades, esperaba más de un profesor de Matemáticas (le espetó su discípulo), tu fórmula es bastante imprecisa y el mundo más complejo: tendríamos que hablar de horas transcurridas desde el suceso, no de días; en las zonas geográficas habría que hilar mucho más fino así como en las causas del suceso. En cuanto a las horas de televisión no es lo mismo que lo emita una sola cadena que muchas a la vez, existe algo que se llama zapping, tú sigues en el canal único y te olvidas de las redes sociales. Y lo más importante, además de la emoción colectiva está el sentimiento y el seguimiento individual.

Ramírez reconoció las críticas, le había costado mucho formular algo que en principio se le antojó sencillo y no estaba demasiado satisfecho de su resultado. Cuantos más días pasaban y con los kilómetros recorridos, el profesor de Matemáticas iba quedando más y más lejos, mientras que su palabrería interior iba derrotando a sus amados números: se alejaba de su yo anterior, que aún esperaba en casa el inicio del nuevo curso que ya había empezado sin él. El profesor Ramírez era también una emoción de la cual se iba distanciando y que desaparecería un día, le empezaba a costar recordarse dando clases. Se desconocía de la misma manera que desconocía el mundo que lo rodeaba. Quizás lo que llamaban muerte fuera ese desprendimiento progresivo al final de la calle Hipocresía.

Juan Ramírez Codina

17 de noviembre de 2015

